

HISTORIA E ILUSIÓN

Mis comentarios sobre el libro de François Furet son escépticos¹. Así, pues, parece que lo justo será advertir desde el principio que no pocas cosas en *Le passé d'une illusion* me resultan admirables, notablemente el brillante y maravillosamente escrito primer capítulo acerca de *la passion révolutionnaire*, así como no son pocas con las que estoy de acuerdo, habiendo escrito sobre el mismo período desde un punto de vista muy diferente, y no obstante siendo también, como Furet, «un recién llegado a la historia del siglo xx». A mi modo de ver, en muchos aspectos *Le passé d'une illusion* resulta insatisfactorio como historia, pero se trata de un libro que merece ser criticado porque tanto éste como su autor deben ser tomados en serio.

Lo más sencillo sería comenzar por los dos aspectos de la argumentación de Furet que han despertado mayor interés: la comparación entre fascismo y comunismo y el papel del «antifascismo» en la propaganda comunista.

El primero de ellos suscita pocos problemas, porque Furet es un historiador, y en especial un historiador de las ideas, demasiado bueno como para sucumbir a la tentación de los clichés ideológicos; de ello da fe su discusión del «totalitarismo». En consecuencia, aunque se ve tentado a hacer hincapié en unos supuestos puntos en común entre fascismo y comunismo, e incluso en una «afinidad no reconocida» o «complicidad antagónica» (p. 230), y, cómo no, en el éxito de cada cual a la hora de explotar la existencia del otro, sus formulaciones son demasiado competentes y oblicuas para prestarse a servir de argumento propagandístico. En cualquier caso, como señala Furet, el tema no es nuevo: «La comparación entre la Unión Soviética y los regímenes fascistas... fue un tema habitual en el período de entre-guerras» (p. 193). Desde luego, el elemento común tanto a los fascismos como al bolchevismo ha sido observado desde hace mucho tiempo, ya fuera por hombres que admiraban tanto a Mussolini/Hitler como a Lenin/Stalin, como Sorel y Bernard Shaw, o que condenaban a ambos por igual en tanto que «dictadura» o «tiranía» antiliberal, como Elie Halévy, quien inspira algunos de los pasajes más interesantes de Furet. Las afinida-

¹ François FURET, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au xxe siècle*, París, Robert Laffont/Calmann Lévy, 1995 (ed. cast.: *El pasado de una ilusión*, Madrid, FCE, 1995).

des ideológicas son más difíciles de encontrar, ya que aunque podamos encontrar en la extrema derecha declaraciones en favor de un socialismo no-democrático o del bolchevismo, Furet cita varias, no encontramos fácilmente expresiones equivalentes de simpatía o muestras de agradecimiento hacia el fascismo del lado comunista. El intento de descubrir un fundamento común entre las tradiciones ideológicas del marxismo y el fascismo, «entre el socialismo y el pensamiento antiliberal e incluso antidemocrático» (p. 198), no puede llegar a buen puerto, dada la naturaleza del patrimonio ideológico y político de la Segunda Internacional, de cuyo gurú teórico, Kautsky, Lenin fue, al menos hasta poco antes de 1914, un seguidor ortodoxo. Sin entrar en el caso de la tradición antipolítica bakuninista, la teoría kautskiana pertenecía completamente a la «tradición progresista» decimonónica. En pocas palabras, aunque las similitudes entre los sistemas de Hitler y Stalin son innegables, éstos crecieron hasta aproximarse uno al otro a partir de raíces ideológicas esencialmente distintas y considerablemente distantes. Son derivados comunes desde un punto de vista funcional, no ideológico. Puede que el estalinismo sea tan nocivo como el hitlerismo y que para aquellos que sufrieron todos sus horrores la única diferencia consistiera en la nacionalidad del gobernante, pero Furet, como eminente historiador de las ideas, sabe que pertenecían a familias taxonómicas distintas, aunque estructuralmente convergentes, como las golondrinas y los murciélagos.

La cuestión del «antifascismo», que forma el núcleo de la argumentación de Furet, exige mayor discusión, aunque no demasiada. Su argumento básico es, casi con toda probabilidad, correcto. Si el comunismo internacional hubiera continuado exigiendo una especie de repetición de la Revolución de octubre (*«Les soviets partout»*), habría continuado siendo una fuerza minoritaria relativamente insignificante en Europa, un poco como los movimientos trotskistas, que continuaron contemplando el mundo desde la perspectiva revolucionaria leninista, una vez que los acontecimientos de 1956 les dieron un cierto campo de actuación política. Podemos omitir la cuestión de si hubiera tenido mejores posibilidades en el Tercer Mundo. La lección de la década de 1920 fue clara. Salvo algunas excepciones —Alemania, Francia, Finlandia, tal vez Checoslovaquia—, los partidos comunistas eran pequeños, marginales y políticamente insignificantes. La Gran Depresión benefició a la extrema derecha y no a la izquierda, destruyendo al único partido comunista europeo que respondía a las esperanzas de Moscú: el KPD. A la inversa, en cuanto el movimiento comunista pasó a la estrategia del «antifascismo» comenzó el ascenso del comunismo europeo, que condujo a todos los partidos comunistas del continente, a excepción del desdichado partido alemán, a la cota más alta de apoyo público e influencia política y dio lugar, en Europa del Este, a varios regímenes dominados por los partidos comunistas, algunos de los cuales se basaron en revoluciones maduras en sus propios países (Yugoslavia, Albania) o, como demostraron las elecciones relativamente libres en Checoslovaquia, en un auténtico apoyo de masas. Por primera vez, los partidos comunistas pudieron reivindicar, antes que los partidos social-

demócratas, su condición de principales representantes de la clase obrera nacional en Francia e Italia.

La amenaza fascista

Es evidente que lo anterior se debió fundamentalmente al abandono de estrategia de «clase contra clase» y a la opción por el antifascismo por parte de la Komintern. Sin embargo, las explicaciones que ofrece Furet sobre los motivos por los cuales la izquierda occidental, y sobre todo sus intelectuales, aceptaron a los comunistas como esencialmente antifascistas resultan curiosamente irreales, ya que omiten la realidad de la amenaza fascista, que, entre 1934 y 1941, impuso al capitalismo liberal y al comunismo una alianza que ninguno de los bandos habría elegido, contra un enemigo que amenazaba a ambos por igual. Los comunistas consiguieron prestigio e influencia por tres razones principales. Se convirtieron en los paladines más consecuentes de la unidad antifascista tras haber sido, hasta 1934, sus más tenaces opositores; fueron, gracias a la naturaleza de su movimiento, sus defensores más eficaces; y, por último, la URSS resultaba imprescindible en cualquier alianza que aspirara a derrotar a Hitler. La lógica de esta situación era tan apremiante que ni siquiera los dos años durante los cuales Stalin revocó la política antifascista lograron debilitarla. Tras el paréntesis de 1939-1941, la influencia comunista continuó desarrollándose como si el período Molotov-Ribentrop no hubiera existido. En realidad, gracias a Hitler, era tan apremiante que el mismo Stalin, al igual que el resto de los gobiernos que desde 1933 intentaron negociar un *modus vivendi* con Alemania —¿y quién no lo hizo?—, se vio obligado a reconocerlo, aunque sólo lo hizo una vez que Hitler le atacó.

La realidad de la agresión y la amenaza a la democracia eran evidentes en la década de 1930. Al igual que lo era el hecho de que ésta provenía exclusivamente de la derecha política, cuyo argumento acerca de la necesidad de adelantarse a la revolución marxista es correctamente rechazado por Furet. Entre 1919 y el final de la Segunda Guerra Mundial *ningún* gobierno fue derrocado por la izquierda, y *todos* los cambios de régimen antidemocráticos, mediante golpe, conquista u otros medios, fueron maniobras hacia la derecha. Sin duda, Furet tiene razón cuando sostiene que no toda la derecha era fascista y que, en lo que respecta a esta última, las diferencias entre movimientos y regímenes fascistas eran considerables. Indudablemente, los comunistas se aprovecharon una y otra vez de tales confusiones. Sin embargo, ¿por qué estos últimos, o los no comunistas, habrían de hacer sutiles distinciones entre las ideologías de Franco, José Antonio y la jerarquía eclesiástica española, cuando toda la empresa del bando nacional se consideraba a sí misma una cruzada tanto contra 1789 como contra 1917 (amén de Martín Lutero y Voltaire), cuando derrocó a un gobierno legítimo elegido democráticamente, y pidió y recibió la ayuda militar de Mussolini y Hitler, y cuando Franco pretendió incluso parti-

cipar en la guerra en el bando hitleriano? Las pocas figuras públicas de la derecha que estaban preparadas para resistir a Hitler a toda costa y sin reservas fueron miembros sumamente atípicos de sus respectivas especies: Charles de Gaulle y Winston Churchill². Eran atípicos aun en su disponibilidad a subordinar su coherente anticomunismo a la necesidad operativa de una alianza con Stalin y con los movimientos comunistas de resistencia.

El enemigo de mi enemigo

En tales circunstancias habría sido extraño tratar a las fuerzas fascistas y comunistas como igualmente indeseables. Si la guerra iba a estallar entre Alemania y Rusia, ¿por quién optarían los norteamericanos? Cuando se planteó esta pregunta en una encuesta de opinión pública a principios de 1939, el 83 por 100 optó por Stalin y sólo el 17 por 100 por Hitler, a pesar de que la opinión pública estadounidense era tan anticomunista como ahora, desconfiaba profundamente de la URSS (a la que Estados Unidos sólo reconoció en 1933) y a pesar de que el grupo más destacado de intelectuales de izquierda del país era fervorosa y ruidosamente antiestalinista. Para ellos resultaba evidente que Hitler suponía un peligro para otros países y, probablemente, para el mundo; por más terrible que resultara Stalin para su propio pueblo, había que apoyarle en tanto que enemigo de Hitler. La tendencia a ocultar el lado oscuro del estalinismo no estuvo motivada, salvo en el caso de muchos comunistas, filocomunistas y similares, por la renuncia (una forma de engañarse a sí mismos) a la razón crítica, sino por la suposición radical de que al enemigo de mi enemigo lo mejor es tratarle como a un aliado. ¿Debería haber hecho pública el gobierno británico la verdad acerca de la masacre de oficiales polacos perpetrada por Stalin en Katyn una vez descubierta? (La cuestión estructura la trama de una reciente y bien documentada novela de suspense acerca de la Segunda Guerra Mundial, *Enigma*, de Robert Harris.) Cabría sostener que debería haberlo hecho, de acuerdo con la máxima *fiat justitia, ruat coelum*, pero el gobierno británico optó por mantener el silencio sobre el asunto en 1943, por razones políticas y no porque se hiciera ilusiones acerca de la Revolución de octubre. De hecho, llega un momento en el que Furet llega casi a admitir las razones pragmáticas a la hora de tomar partido en su tratamiento de la Guerra Civil española. La influencia de los comunistas creció, notablemente entre los moderados, porque llegaron a parecer dispuestos a subordinarlo todo a la victoria sobre Franco (p. 300). George Orwell observaba que no poca gente, más o menos sinceramente, creía que no se debía hablar de lo que estaba ocurriendo en España o del papel jugado por el Partido comunista, ya que todo ello hubiera puesto a la opinión pública

² La descripción de Furet de ambos como «*les deux plus constants antifascistes européens*» debe contemplarse como una floritura retórica. Churchill se enfrentó a Hitler, pero no al fascismo italiano, y, como tenaz anticomunista, no pudo colocarse del lado de la República en la Guerra Civil española.

contra el gobierno español y, por consiguiente, hubiera beneficiado a Franco.

En pocas palabras, a medida que los comunistas se colocaron a la cabeza de la lucha antifascista, en ausencia de verdaderos competidores en la izquierda o en la derecha, no podían sino beneficiarse de la situación. Paradójicamente, como partido que exigía la transformación económica, carecían de esa ventaja. Desde el momento en que deliberadamente moderaron su discurso anticapitalista en aras de la unidad antifascista, surgieron no pocos competidores a su izquierda dispuestos a denunciarles como traidores a la revolución y la lucha de clases. Dado que, por lo general, eran minorías políticas, otros partidos podrían haber estado en mejor posición para beneficiarse del dramático desplazamiento a la izquierda, que, a decir verdad, como reconoce Furet, era inseparable de la movilización y, finalmente, de la guerra contra el fascismo. En Gran Bretaña condujo al triunfo del Partido laborista, aunque su programa de 1945 era extremadamente radical para las pautas de la década de 1990. «Yo fui uno de esos oficiales jóvenes del ejército que en 1945 votaron a los laboristas», escribe lord Annan, que jamás, ni por una instante, se vio tentado por el comunismo. «No es que no admirara a Churchill –para mí él fue el salvador de nuestro país–, pero no estaba seguro de que él hubiera comprendido lo que el país necesitaba después de la guerra»³.

En el continente esta disposición de ánimo tenía más probabilidades de beneficiar a los comunistas que a los socialdemócratas, en la medida en que la naturaleza misma de la lucha en tiempo de guerra contra la ocupación enemiga dejó a éstos en desventaja frente a aquéllos. A los partidos democráticos de masas les resultó casi imposible actuar eficazmente una vez que se vieron privados de la legalidad política y del instrumental de actividades públicas que constituye su aliento vital. Los partidos socialistas estaban casi inevitablemente infrarrepresentados en los movimientos de resistencia, mientras que, por los motivos contrarios, los comunistas destacaban en éstos de forma desproporcionada. Allí donde los partidos socialdemócratas contaban con una sólida base de masas pudieron, como en Alemania y hasta cierto punto en Austria, entrar en hibernación cuando fueron ilegalizados, para dejarse ver de nuevo, con su base de masas intacta, una vez restaurada la legalidad, marginando a su minoría comunista. No sucedió lo mismo allí donde la estructura era menos firme y donde, en realidad, hubo que instaurar una nueva legalidad y legitimidad de posguerra a partir de la resistencia, real o presunta, en tiempo de guerra, como en Francia e Italia. (Uno no puede dejar de advertir con cierta sorpresa que no hay ninguna discusión de los movimientos de resistencia en cualquiera de los países europeos en el libro de Furet y, a decir verdad, apenas se hace mención de la palabra misma.)

³ Noel ANNAN, *Changing Enemies: The Defeat and Regeneration of Germany*, Londres, 1995, p. 183.

Permítaseme ahora regresar a otro aspecto del tema de Furet, la relación entre el atractivo del comunismo y la tradición de la Revolución francesa. Resulta evidente que en Francia, donde la Revolución formaba parte del tejido de la vida pública, este aspecto era decisivo. Sin embargo, fuera de Francia la preocupación por los acontecimientos de 1789-1793 era cosa de historiadores, de culturas esotéricas como las de los revolucionarios socialistas y de las pesadillas de la derecha. Desde luego, en términos generales, la Revolución también formaba parte del patrimonio de una minoría de la población en posesión de educación secundaria o superior, que la consideraba un acontecimiento central de la historia mundial.

Para los socialistas aquella fue en un primer momento un punto de referencia fundamental, pero a medida que fueron convirtiéndose en movimientos de masas fue desdibujándose hasta pasar a un segundo plano. *La Marsellesa* dejó paso a los himnos socialistas y, como observa Furet, «ni Jaurès ni Kautski aguardaban ya “la gran noche”» (p. 34). En los países europeos en los que se esperaba una verdadera revolución, como en Rusia, Francia continuaba siendo un constante precedente, modelo y pauta de comparación. No obstante, no malinterpretemos la importancia que cobraron las referencias a la Revolución francesa después de 1917 dentro del discurso marxista a favor, en contra o dentro de la Revolución rusa. Para casi todos aquellos que se sentían atraídos por el comunismo fuera de Francia, los jacobinos y el Thermidor eran insignificantes o pertinentes sólo porque formaban parte del discurso de la Revolución rusa. Como reconoce Furet (p. 104), fue el hecho de la Revolución rusa y no su linaje lo que dirigió la atención de los hombres hacia el comunismo. De paso, ésta llevó a los revolucionarios occidentales, hasta entonces críticos hacia el marxismo, al que identificaban con la moderación pacífica, a redescubrirlo como una ideología de la revolución y, por ende, produjo el rápido declive del anarquismo y del sindicalismo revolucionario, con la excepción, durante un cierto tiempo, de España. En definitiva, entre 1917 y 1989 la Revolución rusa engulló u oscureció a la Revolución francesa en la mayor parte del mundo. Por otra parte, en las vastas zonas de Europa —Gran Bretaña, Alemania, Escandinavia— en las que el credo marxista u otros credos socialistas no eran nada frecuentes entre los intelectuales y menos frecuentes aún en los ambientes de los que provenían la mayor parte de éstos, ni siquiera la historia revolucionaria francesa que formaba parte de la cultura socialista era bien conocida.

En Francia, por supuesto, las cosas eran distintas. Aquí la referencia a 1789-1793 era y continuó siendo central para la *«idée communiste»*. Tal vez su papel resultara decisivo también en Italia, pero inexplicablemente el libro de Furet olvida al único país de Europa occidental que dio lugar, y que conserva con otro nombre, a un partido comunista de masas.

La elección pura del comunismo

Estas observaciones suscitan dudas más generales acerca del método de escritura utilizado por Furet en su *«essai sur l'idée communiste»*, que es la historia de las ideas y los intelectuales en el siglo xx. Aunque omitiéramos la cuestión de hasta qué punto puede ser correcto limitar la historia de las ideas a aquellos que escriben sobre éstas, debemos preguntarnos en qué medida pueden separarse las ideas o los intelectuales de sus contextos y situaciones históricas específicas. En su esfuerzo por concentrar su atención en el filocomunismo de los intelectuales, Furet ha procurado esquivar este problema dando por sentado que los intelectuales «vivían la revolución comunista como una elección pura o, para ser más precisos, si se quiere, como una creencia separada de su experiencia social, una negación de sí mismos...» (pp. 143-144).

Sin embargo, resulta evidente que ésta no era la situación característica en la época de la catástrofe de la sociedad burguesa liberal decimonónica que vio el ascenso tanto de la URSS como del movimiento comunista internacional desde 1914 hasta el desenlace de la Segunda Guerra Mundial. Por entonces, el sentido de una civilización que sufría las convulsiones de una profunda crisis de un mundo más allá de toda restauración o reforma mediante los antiguos procedimientos, cuyo fracaso era evidente, formaba parte de la experiencia social de los intelectuales en muchos países de Europa. La alternativa entre ruina y revolución, entre derecha e izquierda, entre la ausencia de futuro y un futuro, no parecía una elección abstracta, sino un reconocimiento de lo grave de la situación. Como reconoce Furet, tal vez con mayor claridad en el caso de la derecha que en el de la izquierda, una visión apocalíptica de la situación alemana en 1931-1933, como la de Spengler, no era absurda a primera vista (p. 233). En términos menos emotivos, el húngaro que habría de convertirse en el principal experto económico de la Comintern explicaba en 1921 lo que, en las ruinas de 1918-1919, le condujo a sumarse «al bando de los bolcheviques». Era la convicción de que «una vuelta al capitalismo pacífico parece haber quedado descartada». «La lucha de clases terminaría con la ruina común de las clases rivales si no prospera la reconstrucción revolucionaria de toda la sociedad»⁴.

Evidentemente, Eugene Varga estaba equivocado, como sabemos hoy. En efecto, la verdadera ilusión del comunismo –y del capitalismo de la década de 1930 acerca de la URSS de los planes quinquenales– era la creencia de que el capitalismo de entreguerras era insalvable. Y sin embargo, ¿quién habría apostado gran cosa en vastas zonas de la Europa central de 1919 por la supervivencia a largo plazo del capitalismo? Todavía en 1942, aquella obra tan centroeuropea del gran economista austríaco Joseph Schumpeter,

⁴ Eugene VARGA, *Die wirtschaftspolitischen Probleme der proletarischen Diktatur*, Viena, 1921, p. 19.

*Capitalismo, socialismo y democracia*⁵, preveía sin entusiasmo el triunfo final de una economía socialista, aunque, como era de esperar, exactamente por las razones contrarias a las aducidas por los marxistas.

Una ojeada a la curva del apoyo intelectual al comunismo durante el período del que se ocupa Furet lleva a pensar que éste refleja más una respuesta práctica a determinadas situaciones que «una elección pura». (Por desgracia, *Le passé d'une illusion* no muestra ningún interés por las cuestiones «¿cuánto?» y «¿cuántos?», que muchos historiadores continúan considerando pertinentes.)

Gran Bretaña puede servir de ejemplo. El pequeño grupo de intelectuales comunistas posteriores a 1917 mermó rápidamente a principios de 1920. Las cifras aumentaron sensiblemente tras el impacto del cataclismo económico que siguió a 1929, frente al cual el Partido laborista, entonces en el gobierno, se vio impotente. De ahí la conversión de los Webb, los mayores profetas de la reforma gradual, a la URSS de los Planes quinquenales y el impresionante nacimiento del comunismo estudiantil británico en 1930-1931, mucho antes del impacto de Hitler. El comunismo universitario —del que Philby, Burgess, Maclean y Blunt no eran característicos, ni siquiera en Cambridge— creció durante el período antifascista, por lo que parecían razones de sentido común. ¿Quién más luchaba contra la contemporización y ayudaba a España? La guerra condujo a un cierto desgaste del comunismo intelectual británico, que se vio acelerado después de 1947, aunque el anticomunismo de la Guerra Fría contribuyó a la permanencia de muchos afiliados durante la década de 1930 en el Partido comunista hasta 1956, tras lo cual lo abandonaron en su mayor parte. Desde finales de la década de 1940 en adelante, prácticamente ningún intelectual británico se vio atraído por el Partido comunista, con la excepción de algunos estudiantes radicales de nuevo cuño después de 1968, defraudados por su movimiento. Ningún intelectual, dentro o fuera del Partido comunista, era un apasionado entusiasta prosoviético. Por otra parte, la mayoría de los ex comunistas intelectuales permanecieron en la izquierda política. Los vehementes ex comunistas anticomunistas, frecuentes en otros países, no lo eran aquí, posiblemente porque el Partido comunista británico evitó los excesos del *ouvrierisme* del Partido comunista francés, aunque constituía un grupo bastante proletario, y desde luego la intimidación y la expulsión de sus intelectuales. Una historia que contiene más o menos la misma proporción de esperanza utópica y mesiánica, de ilusión y desilusión, de autosacrificio y devoción, que la de cualquier otro grupo de intelectuales comunistas, pero que uno vacilaría en describirla como la historia de una «creencia separada de su experiencia social».

Situaciones concretas

De nuevo resulta difícil pasar por alto el papel de las situaciones específicas, así como de las tradiciones políticas y culturales de los países en los que

⁵ Ed. cast.: *Capitalismo, socialismo, democracia*, Barcelona, Folio, 1984.

fueron reclutados los comunistas, o las comunidades que se prestaron de forma particularmente fácil a tal reclutamiento, como, por ejemplo, los judíos de Europa centro-oriental y, cuando el peligro del fascismo se agudizó, de todas partes de Europa. Un ejemplo puede resultar útil. Uno de los mejores documentos del paso del mesianismo religioso judío al marxismo revolucionario lo constituyen las memorias de Julius Braunthal, *In Search of the Millenium [En busca del milenio]* (Londres, 1945). No obstante, la historia de esta vida ilustra asimismo la influencia determinante de las circunstancias concretas. Braunthal, un socialdemócrata austríaco de antes de 1914, continuó siendo un socialdemócrata nocomunista durante toda la vida, y aun cuando la revolución se extendió sobre Austria en 1918-1919, apoyó la negativa del Partido socialista austríaco, que en aquel entonces detentaba el poder real, a seguir el camino bolchevique. Él, al igual que la dirección del partido, lo hizo por una cuestión de realismo, a la luz de las circunstancias de Austria y, qué duda cabe, a la luz también del fracaso de Alemania al optar por el bolchevismo. Con todo, la consecuencia fue que en Austria los comunistas continuaron siendo políticamente insignificantes y que los intelectuales de la izquierda (ayudados, sin duda, por la postura marxista teóricamente radical del partido) no llegaron a considerar el comunismo como una opción hasta después de la guerra civil de 1934. Aun entonces, los socialdemócratas anticomunistas no dejaron de integrar una sección importante. En definitiva, a efectos históricos, no cabe presentar los atractivos de la «idea comunista», tanto para los obreros como para los intelectuales, sino como un conjunto de probabilidades determinadas por las opciones socialmente disponibles en circunstancias que les llevaron a considerar que tenían que decidirse por tales opciones políticas.

En este sentido, la probabilidad de que, en las décadas de 1930 y 1940, un militante sindical activo en una fábrica británica de maquinaria eléctrica se convirtiera en miembro del Partido comunista era extraordinariamente alta, por razones que aquí no nos atañen, pero que tienen bien poco que ver con la URSS o incluso con el fascismo. La probabilidad de que un intelectual o estudiante británico ingresara en aquél se fue haciendo cada vez más residual incluso en la década de 1930; por consiguiente, Furet está completamente equivocado cuando cree que «la Revolución rusa tuvo más éxito en las universidades que en las fábricas». No obstante, era algo mayor entre los hijos e hijas de la clase media liberal progresista y/o de padres protestantes noanglicanos (cuáqueros, metodistas, etc.), para los cuales, como reconoce Furet, suponía un paso hacia adelante respecto al liberalismo. Los militantes de fábrica británicos con cualificación profesional probablemente se habrían inclinado hacia la extrema izquierda, pero que ingresaran en el Partido comunista, como organización distinta de algunos otros grupos –sectas marxistas disidentes, pongamos por caso, tal y como hicieron algunos jóvenes activistas después de 1956– se debió a la situación específica de la clase obrera británica durante este período.

Por supuesto, cabría objetar que, una vez que la «idea comunista» se apoderaba de una persona, poco importaba cuáles fueran las circunstancias de su

conversión. Se convertiría en un o una «comunista de acero» y en parte de ese fenómeno verdaderamente extraordinario: el movimiento comunista internacional dirigido desde Moscú. En esto hay gran parte de verdad. A justo título, Furet nos recuerda la capacidad de grupos de cuadros relativamente pequeños de reconstituir un movimiento después de su hundimiento, como sucedió en Francia en 1939–1941. El caso italiano es aún más impresionante. Sin llegar a ser nunca un movimiento de masas, los cuadros del Partido comunista italiano en 1943 consistían en unos pocos miles de personas, en su mayor parte de vuelta del exilio o de prisión, alrededor de los cuales se construyó en pocos años un partido de millones de seguidores. Por otra parte, el argumento no es de Furet, para que sucediese esto último la existencia de un «Vaticano» en Moscú resultaba desde luego prácticamente indispensable. A diferencia de los grupos disidentes de marxistas revolucionarios occidentales (trotskistas, maoístas, etc.), que son el equivalente sociológico de las sectas, discutiendo y dividiéndose sin cesar, los partidos comunistas, incluso los más pequeños, se comportaban sociológicamente como iglesias universales. Mientras Moscú continuó siendo oficialmente un centro sólido, los cismáticos y heréticos podían ser expulsados, los líderes reemplazados e incluso los partidos disueltos sin que se produjeran escisiones en el partido ni se generaran verdaderos competidores externos del partido oficial. Y, aquí uno tiene que coincidir con Furet, Stalin fue el arquitecto esencial de esa iglesia. Y sin embargo, ¿cómo es posible llegar incluso a contar la historia de los cuadros y los «verdaderos creyentes» en términos simplistas y maniqueos como una «orden de Moscú»? Nos adentraría demasiado lejos en la historia de los partidos comunistas la discusión de los detalles del tratamiento que Furet da a esta cuestión: por ejemplo, su negación (contrariamente a algunos sólidos indicios) de que la idea del Frente Popular (a diferencia del Frente Único) procedía de Francia y no de Moscú. Después de todo, su libro no es una historia del comunismo.

Por otra parte, lo que el autor no explica es un fenómeno sumamente pertinente para su argumentación: la extraordinaria inestabilidad y mudanza de los miembros y los apoyos de los partidos. Por algo será que los intelectuales bromeaban con que los ex comunistas forman el partido más numeroso. El fenómeno, que es tan universal como las demás características universales del comunismo señaladas por Furet, merece un análisis más minucioso que el que recibe aquí. Y ello porque, si «miles y miles de personas se sometieron a esta experiencia indolora», a saber, unirse a un movimiento, para después abandonarlo «sin grandes traumas, porque lo vivieron como hubieran vivido cualquier otro movimiento» (p. 144), entonces tal vez algunos argumentos de *Le passé d'une illusion* precisen de alguna modificación.

Esperanzas y temores del comunismo

En efecto, el movimiento comunista se basaba en una ilusión, o tal vez en varias ilusiones, de entre las cuales el libro de Furet escoge una. Una vez

constatado el derrumbe de la empresa que comenzara en Petrogrado en octubre de 1917, no puede negarse la irrealizabilidad de las metas que se propuso conseguir por los medios considerados apropiados por los socialistas y bajo las condiciones históricas en las que fue acometida. Fuera de la URSS y (tras 1945) de los demás países en los que los partidos comunistas tomaron el poder y no dejaron a sus ciudadanos ninguna otra alternativa al respecto, el interés de esta empresa en Europa se limitó siempre a minorías y, en el caso de los intelectuales, por lo general a exiguas minorías, aunque en algunos períodos éstas no carecieran de talento. El único período en el que cabría considerar hegemónico al comunismo, y con todo sólo en dos o tres países, fue breve, aproximadamente desde 1943 a principios de la década de 1950. A mi modo de ver, ésta debe ser la línea de base de toda discusión de la historia de la influencia comunista en Occidente. No obstante, la esperanza y el temor del comunismo era auténtica, y mucho mayor de lo que la fuerza real de los movimientos comunistas podía justificar. Tanto la esperanza como el temor pertenecen por igual a la «ilusión» del comunismo. Hay una extraña, pero no insignificante, asimetría en el tratamiento que de ésta da Furet, puesto que llegamos a saber poco de «la idea comunista» tal y como existía, no en las cabezas de los comunistas, sino en la de aquellos para quienes, mucho más que en 1848, el comunismo era «el fantasma que recorría Europa». Para estos últimos el comunismo convocaba la imagen de una fuerza consagrada a la conquista del mundo, o mejor dicho, preparada para cruzar las fronteras de la libertad en cualquier momento, de no ser disuadida por los armamentos nucleares listos para entrar en acción en cuestión de minutos. Una vez victorioso allí donde fuera, se extendía inexorablemente: la «teoría del dominó». Una vez establecido allí donde fuera, era irreversible debido a causas intrínsecas, ya que tal era la esencia misma del totalitarismo. (A la inversa, a veces se sostenía seriamente que ningún régimen comunista había llegado ni podría llegar al poder a través de unas elecciones democráticas.) En la política nacional, la mera alianza con los comunistas resultaba fatal, ya que para éstos el objeto de toda alianza era controlar y a continuación destruir a los aliados. (Esta suposición no resulta inverosímil, pero a todas luces el corolario según el cual triunfarían inexorablemente entraba en contradicción con los hechos.) Internacionalmente, tal vez incluso en el ámbito nacional, sólo se le podía hacer frente adoptando sus propios métodos despiadados, aún a costa de la suspensión de las libertades políticas de la democracia liberal. Y así sucesivamente. Aunque estas opiniones, por lo general sostenidas más por ideólogos que por políticos prácticos enfrentados a partidos comunistas de masas —De Gaulle, Mitterand, De Gasperi, Andreotti—, se vieron reforzadas por un horror completamente legítimo y justificable ante regímenes como el de la URSS, no tenían una relación visible con el peligro real del comunismo. En efecto, cabría sostener incluso que los excesos del anticomunismo eran inversamente proporcionales a la importancia de la amenaza comunista. En Alemania y en Estados Unidos, las dos democracias que limitaron o abolicieron la legalidad de los partidos comunistas, el tirón político de los partidos locales era insignificante.

En definitiva, mito y contramito, ilusión y contrailusión en las guerras de religión (secular) del siglo xx, ya no pueden seguir estudiándose por separado por parte del historiador de nuestro siglo, como no pueden serlo la Reforma protestante y las reacciones católicas frente a ésta por el historiador del siglo xvi. El hecho de que Furet no siga esta orientación arroja serias dudas sobre su proyecto histórico.

Un reseñador afín, aunque no acrítico, ha escrito: «Pese a limitarse a una dictadura y a unos pocos intelectuales... [este libro] es la primera tentativa de una historia de nuestra época escrita desde el siglo xxi». A mi modo de ver, esto es precisamente lo que no es. Es un libro escrito por un intelectual occidental sumamente inteligente y nada proclive al comunismo que podría haber sido escrito en cualquier período de los últimos treinta años, o, si exceptuamos las referencias a obras posteriores, de la última mitad del siglo xx. Con todo, cualquier historia de nuestra época que aspire a sobrevivir en el próximo siglo debe, después de 1989, que señala claramente el final de todo un período histórico, comenzar intentando un alejamiento provisional de los campos de batalla ideológicos y políticos de ese período. Todo aquel que lo haya intentado sabe qué enorme esfuerzo de intelecto e imaginación se hace preciso y qué enormes son los obstáculos. No obstante, hoy se hace posible intentarlo, y ese intento debe llevarse a cabo. No nos obliga a abandonar nuestras simpatías y convicciones. El extraordinario libro de Claudio Pavone, *Una guerra civil* (1991), ha hecho el esfuerzo de ver la Resistencia italiana de 1943-1945, no como la mayoría de los ex partisanos y la legitimación oficial de la República italiana tienden a presentarla, como un puro alzamiento nacionalista contra los extranjeros y el fascismo, sino como un conflicto entre dos minorías de italianos –una de ellas, como se reconoce, mucho mayor que la otra–, en el cual la mayoría de los italianos no se vio envuelta hasta el último momento, con la excepción de algunas zonas de montaña. Su obra no pretende ser en absoluto una crítica o un ataque a la Resistencia. Pavone fue y continúa siendo un antifascista fiel a la Resistencia, de la que formó parte. Sencillamente, en la actualidad le resulta posible ver sus propias opciones políticas y sus compromisos con cierta perspectiva histórica.

Extrañamente, Furet empieza a aproximarse a una cierta perspectiva histórica en su tratamiento del fascismo, al cual nunca ha estado ligado. Esto resulta evidente en su tratamiento del fascismo italiano, aunque hace demasiadas concesiones al intento de Nolte de exculpar a los nazis, que no ha de confundirse con el necesario esfuerzo, por más desagradable que nos resulte, de extirpar la historia del nazismo del dominio de la teología moral para reinsertarla en la historia alemana y en la historia global. Desgraciadamente, no sucede lo mismo con su enfoque de la historia del comunismo. Lo que resulta criticable, no es su comprensible oposición al comunismo, aunque a veces ésta le lleve a convertir un análisis de los motivos por los cuales la ilusión del comunismo pudo arraigar hasta tal punto en Europa en una mera denuncia de lo que el comunismo supuso en Rusia, lo que no es ni mucho menos lo mismo, sino que escribe sobre la historia

del comunismo como podría haberlo hecho si Stalin, o incluso Brezhnev, siguieran gobernando sus destinos. Su libro se lee como un producto tardío del período de la Guerra Fría. Pero, invirtiendo y adaptando una célebre frase de Marx: «Hasta ahora los historiadores sólo se han preocupado por cambiar el mundo. El problema es interpretarlo». Sobre todo cuando efectivamente ha cambiado.